

EDICIONES BISTAGNE

DOROTEA WIECK
HERTHA TINELE

¿MILAGRO?

1/2

¿MILAGRO?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

¿MILAGRO?

Maravillosa obra de arte cinematográfico. Grandiosa creación de las protagonistas de «Muchachas de uniforme»

Director
FRANCK WYSBAR

Es una exclusiva de
E . H U E T
Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Intérpretes

DOROTEA WIECK

HERTHA THIELE

PREFACIO

El interrogante que lleva el título de esta bella película (¿Milagro?) queda flotando en la atmósfera de la sala después de la proyección.

¿Es realmente Ana la “elegida de Dios” que puede resucitar a los muertos y curar a los enfermos cuando la ciencia se ha declarado ya impotente? ¿Es sencillamente que posee facultades extraordinarias, pero naturales, que el progreso humano no ha llegado aún a penetrar? ¿Se reduce todo tal vez a un fenómeno de autosugestión por parte de los que se curan?

Estas preguntas no encuentran

una respuesta concreta en el film. No pueden encontrarla, porque tampoco la vida la da. Esos fenómenos no tienen todavía explicación en el mundo, y como un buen film ha de ser siempre reflejo de la realidad, ha hecho bien el autor de “¿Milagro?” en dejar flotando esa incertidumbre. Ana cura enfermos incurables, y cuando empezamos a creer que posee un don extraordinario, fracasa. Ahora dudamos de que Ana posea esas facultades que las gentes de la aldea le atribuyen, pero en seguida tiene una visión sobrenatural, adivina lo que está ocurriendo fuera del

alcance de su vista, y otra vez volvemos a creer en esas facultades sobrehumanas.

Estas vacilaciones, estos balanceos entre el creer y el no creer se repiten a lo largo de todo el film, y ésta es la mejor prueba de que en él no se pretende resolver nada, sino llevar a nuestro espíritu, intensificada por la emoción del arte, la misma duda en que esos problemas aparecen envueltos en la realidad.

El film destila emoción y belleza por su asunto y por su trama y hay en él algo que traspone los límites de lo sobresaliente para caer en el campo de lo excepcional: es el trabajo de las dos protagonistas, Herta Thiele y Dorotea Wieck, las mismas que desempeñaron los dos papeles principales en "Muchachas de uniforme". Las dos rayan a una altura no superada aún en

el arte cinematográfico, las dos viven el personaje y nos lo hacen vivir a nosotros, comunicándonos toda la gama maravillosa de sus reacciones anímicas.

Herta Thiele es la sencilla aldeana que cree en Dios y le ama sobre todas las cosas y que de repente se ve elevada por ciertos hechos extraordinarios a la categoría de santa.

Dorotea Wieck es la inválida encadenada a su cochecillo, hermosa, rica, joven, y sin poder gozar de la vida, lo que agría su carácter hasta el punto de ser un martirio para los que han de soportarla.

Las dos tienen momentos dramáticos en que electrizan al espectador y con ellas todos los intérpretes de la película se ajustan con exactitud admirable a su papel.

¿MILAGRO?

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Era un pueblecillo reclinado apaciblemente en la costa y acariciado de continuo por los rumores del mar. Lo poblaba un puñado de gentes sencillas, cuya existencia se repartía entre el trabajo, algunas pueriles diversiones domingueras en la única plaza de la aldea y las oraciones cotidianas en una iglesia diminuta y humilde como una ermita.

Ana era una de las jóvenes del

pueblo. Ana era un modelo de humildad y santa resignación. Bastaba ver sus dulces ojos para comprender que en aquella cabecita no podía haber ningún pensamiento turbio.

Los cabellos eran rubios y los llamaríamos hermosos de estar mejor peinados. Ana no tenía, como ninguna de las jóvenes aldeanas, tiempo para embellecerse ante el espejo del tocador. Y así, las tú-

pidas matas doradas de la abundante cabellera, caían lacias y en desorden sobre sus sienes y sobre su cuello. Las holgadas y burdas ropas, las recias medias, los pesados zapatos, completaban el aspecto de humildad y de pobreza que ofrecía aquella muchacha, la cual, sin poder decirse que era bella, tenía un indefinible y fuerte encanto.

Aquellos ojos tan dulces, de mirada tan penetrante y luminosa, estaban ahora anegados en el llanto más doloroso.

Allí, a su lado, sobre el lecho de muerte, yacía su hermano menor, el ser que Ana adoraba con todo el

fervor de su alma generosa, forjada en la bondad y el amor.

El niño tenía las manos enlazadas y sostenía con ellas un crucifijo.

En el estrecho aposento reinaba un silencio denso y angustioso, únicamente interrumpido por los gemidos de Ana y de su madre.

El pecho virginal de la muchacha, se mecía y estremecía con dolorosas palpitaciones.

—Ve al doctor por el certificado de defunción—dijo la madre.

Y arrojó sobre la mesa de madera unas monedas, que la mano temblorosa de Ana fué recogiendo.

Se marchó, dejando a su paso una estela de gemidos y sollozos.

* * *

—Me iré. Esto es insoportable.

Así hablaba una joven doncella en la cocina de casa Isabel, mientras la cocinera se ocupaba en sus tareas culinarias.

La vieja y opulenta cocinera, que llevaba muchos años en la casa, recomendó filosóficamente:

—Debes acostumbrarte. Lo mismo me ocurría a mí al principio y ahora ya ves.

—Es que tiene un genio insoportable.

—Hay que hacerse cargo de que se pasa la vida sentada en su sillón sin poder moverse.

—Desde luego, es muy doloroso. Pero, ¿qué culpa tengo yo?

—¿Crees que encontrarás una casa mejor que esta? Aquí hay poco trabajo. Toda la familia se reduce a la pobre señorita Isabel y a su hermana Margarita. Si te vas de aquí caerás a lo mejor en una casa llena de niños, donde tendrás que hacerte pedazos para atenderlos a todos.

—Eso es verdad. Pero también lo es que aquí vive una en un continuo sobresalto.

—Ten paciencia. A lo mejor, el día menos pensado la vemos curada.

—¿Tú crees que se puede curar?

—Yo no es que crea ni deja de creerlo. Pero ¡vamos!, cuando se tiene tanto dinero como posee la señorita Isabel y se llaman a consulta a los mejores médicos del mundo, no tiene nada de particular que el enfermo más difícil se cure.

—Hoy hay consulta de médicos, ¿verdad?

—Sí. Son médicos que han venido desde muy lejos y que, según dicen, tienen fama de sabios.

—Veremos cómo acaba todo esto.

—¡Ojalá pueda volver a andar

la pobre señorita Isabel! ¡Sufre tanto!

Tenía razón la apacible y opulenta cocinera. La señorita Isabel sufría mucho.

Era de ver el ansia conque esperaba ahora el fallo de los médicos reunidos en el despacho, mientras ella estaba con su hermana Margarita en el salón, siempre inmóvil en su cochecillo de inválida.

Isabel era una mujer hermosa.

Alta y delgada, su talle esbelto recogía una señorial armonía de líneas delicadas, de suavísimas curvas.

Pero lo realmente extraordinario, con ser su figura algo excepcional, era su rostro, su rostro virginal, de facciones delicadísimas. Parecía una dolorosa plasmada en la vida, más que por el proceso natural del nacimiento, por la mano mágica de un Vinci, de un Ticiano, de un Rafael.

Un vestido oscuro hacía resaltar la blancura nívea, de porcelana, de aquella garganta, de aquel rostro, de aquellas manos.

Toda su belleza se debatía ahora bajo la angustia de la espera.

¿Qué estarían diciendo los mé-

dicos tras aquella puerta que permanecía herméticamente cerrada?

¿Qué iba a ser de ella cuando se abriese? ¿Qué ocurriría? ¿Qué fallo inapelable sería el de aquellos hombres? ¿Podría andar? ¿Le darían la noticia tremenda de que toda esperanza de salvación estaba perdida?

A hurtadillas, miraba a su hermana como si Margarita estuviera en el secreto y ella tratara de leer en sus ojos la verdad del inquietante fallo.

Las dos callaban. Margarita era una muchacha seria y amargada por aquella vida de sacrificio al lado de su hermana.

Era joven, rica y hermosa. Sin embargo, no obtenía de la vida el menor goce. El deber de cuidar a su hermana la mantenía recluída en aquella casa, aislada de todos los placeres del mundo y de toda esperanza de ser feliz algún día, al lado de su esposo, que actualmente era su único consuelo.

¿De toda esperanza? Sí. Esto lo estaba leyendo Isabel en los ojos de su hermana. Lo deducía de aquel triste y obstinado silencio en que se había encerrado. Sin duda, Margarita, antes de que los médicos se

reunieran, ya había obtenido de ellos una mala impresión. En efecto, la hermana lo sabía. Había obtenido una impresión fugaz de los médicos, impresión que comunicó a su esposo con estas palabras:

—Isabel no volverá nunca a andar.

El silencio de Margarita, hacían más cruel la zozobra y el nerviosismo que Isabel no sabía disimular.

—¡Por favor! ¡Dime que volveré a andar!—gritó de súbito—. ¡Dime que lo estás pensando! ¡Dime que estás convencida de que me curaré! ¿Por qué no me lo dices? ¿Por qué callas? ¿No ves que ese silencio se me está clavando en el corazón como un puñal?

Y se crispaban sus manos y sus ojos se abrían desmesuradamente, como si estuvieran a punto de desorbitarse

—¡Dímelo! ¡Dímelo!

Y era un grito de angustia que hubiera hecho vibrar el corazón más duro e indiferente.

—¡Claro que volverás a andar!—repuso Margarita sin la menor convicción.

Y en aquel preciso momento, el doctor más viejo y que por lo tanto

actuaba de presidente de la reunión, decía a sus colegas:

—Desde luego, la paciente no volverá a andar.

II

Había llegado Ana a casa del doctor.

Cruzó las calles del pueblo sin darse cuenta de los lugares porque iba pasando.

¿Eran piedras lo que pisaba? ¿Eran espinas? ¿Eran emponzoñadas hojas de acero?

No podía saberlo, no podía darse cuenta. ¡Iba tan absorta en su dolor! ¡Era todo tan doloroso para ella!

Los menores movimientos se convertían en una tortura para su cuerpo y para su alma. Navegaba en un mar de dolor y había naufragado.

Bebía la amarga espuma. Y lentamente subía aquel calvario que la conducía a casa del médico.

Llegó. Había varias personas en la sala de espera. Ella era la última; ella habría de esperar y esperar hasta que...

Pero ¿qué le importaba? ¿Acaso no sufría lo mismo aquí, esperando, que sufriría en cualquier parte?

Los que llenaban la sala de espera la miraban, como sorprendidos de que en un alma cupiera tanta angustia y tanto dolor.

Eran abismos aquellos claros

ojos de Ana en los que el sufrimiento había ido volcando gota a gota su hiel.

Aquel hermanito que se había marchado para siempre era para Ana como un pedazo de su vida.

Ella lo había tenido en sus brazos a los pocos momentos de nacer. Era entonces una niña y su emoción fué enorme, indescriptible, al poseer un muñeco con vida, un muñeco que no era de celuloide o de trapos, sino de carne y hueso, y que lloraba y se movía, y que movía bracitos y piernas con una especie de locura juguetona.

Después creció, empezó a hablar, a andar, a hacer monadas. Y aun le amaba más cada vez.

Aunque en su inocencia no podía darse cuenta del prodigio, era que en ella, como en todo cuerpo femenino, había una madrecita, una madrecita en ciernes que empezaba a prepararse para el futuro.

¡Y cómo la amaba a ella aquel niño! La prefería a su misma madre, porque Ana lo mimaba y se lo consentía todo.

Así había ido creciendo aquella criatura y así había ido adorándolo Ana cada vez más.

Hasta que un día cayó enfermo. Y vinieron momentos de angustia desgarradora y de zozobra rayana en la locura.

Ana no se separaba del lado del enfermito. Lo velaba todas las noches, venciendo al sueño mediante un esfuerzo heroico de su voluntad.

Y sobrevino el trágico desenlace. El enfermito había decaído mucho. Postrado en el lecho, jadeaba. De sus labios salía el estertor de la muerte. Deliraba...

Una llamada rápida al doctor, pero cuando llegó éste ya se había apagado aquella vida.

Y en la estancia se oyeron estas palabras espantosas:

—¡Ha muerto!

¿Cómo dar una idea del desgarramiento íntimo, del martirio espantoso que se había apoderado del espíritu de Ana desde el instante en que oyó las palabras terribles?

Las ideas más confusas y más negras surcaban el pensamiento de Ana cuando la puerta se abrió y apareció el doctor.

En vez de invitar a que pasara el cliente de turno, se quedó mirando a Ana.

Era amigo de la casa, como era amigo de todas las casas de la al-

dea y sabía lo que debía estar ocurriendo en aquel corazón, tan hermoso y sensitivo.

—Ana...

La joven alzó los ojos y los fijó en el doctor.

No dijo nada. ¿Qué iba a decir? Ni siquiera sabía por qué estaba allí, para qué habría ido a casa del doctor.

Su pensamiento flotaba a merced de las olas del dolor.

—Ana...

Y el doctor se acercó a ella al mismo tiempo que Ana se levantaba. Apoyó su mano paternal en la cabeza rubia y le dijo:

—Vete a casa. Esta noche os llevaré el certificado de defunción.

Hubo un gran silencio. Todos callaban. Todos los que estaban en la sala de espera, como todo el pueblo, sabía la desgracia que afligía a Ana.

Era tan pequeña aquella aldea de pescadores, que las noticias se desparramaban rápidamente y lo que había ocurrido en un extremo de la aldea se sabía a los pocos minutos en el lado opuesto.

Todos pensaban:

—¡Pobre Ana!

Y en este ambiente de comprensión, en esta atmósfera de silencio y respeto, Ana emprendió el regreso a su casa.

III

Era muy avanzada la noche y la enferma, la imposibilitada, no estaba acostada todavía.

A la luz de la lámpara, tamizada por la pantalla de seda, el bellissimo rostro de Isabel adquiría una expresión de extravío.

Parecía una perturbada. El fino cabello, siempre tan bien peinado, caía ahora en desorden sobre sus sienes. Sus labios se quebraban en una mueca de amargura y en sus ojos había la extraña impavidez de la locura.

Eran el dolor y la desesperación lo que la habían sumido en aquel mortal estado.

Incapaz de seguir esperando, de seguir soportando la angustia de la

espera, cuando los doctores estaban reunidos en el despacho, había gritado a su hermana:

—¡Ve a preguntar! ¡Esta impaciencia me devora!

—¡Calma, mujer, calma!

—¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Me moriría!

Pero antes de que Margarita pudiera dirigirse a la puerta del despacho, ésta se abrió y apareció el doctor más viejo. Invitó a pasar a Isabel y fué una labor difícilísima decirle la horrible verdad, atormentándola lo menos posible.

Isabel lanzó un grito, un grito tremendo que taladró las paredes de la casa, al comprender el espantoso fallo de la ciencia.

Allí estaba aún, en el mismo sitio en que había recibido la noticia, aunque habían pasado muchas horas.

Nadie podía comprender la tortura de aquella mujer joven y hermosa. Sólo los que han pasado por el trance dolorosísimo de vivir careciendo del don del movimiento, pueden dar cuenta de lo que debía de representar el mal espantoso y desesperante en una mujer en la flor de la vida y que, pudiendo tener todo lo que un ser humano suele desear, no tenía nada.

Esto había agriado su carácter hasta ese extremo en que la persona se convierte en un suplicio para los que la rodean.

No en balde se mostraba cansada la joven doméstica de servir en aquella casa.

Todo la irritaba. En cualquier entretenimiento, en cualquier recreo posible para una inválida, veía una contrariedad. El libro más bello le resultaba insoportable, la música más hermosa llegaba a sus oídos convertida en sonsonete monótono e irritante.

Pero, siquiera, antes le quedaba la esperanza de que algún día terminaría aquel tormento y podría

andar. Ahora, en cambio, ya había perdido hasta el último átomo de aquella esperanza que había mantenido en su alma un rayo de luz.

Ahora sabía, positivamente, que no volvería a andar, ahora la ciencia, por boca de algunos de sus más eminentes representantes, se había declarado impotente para curarla.

Espantoso, insoportable aquel convencimiento para un ser plétórico de vida y que anhela vivir.

Era muy tarde y aun estaba Isabel en el mismo lugar en que había recibido la tremenda noticia.

Y una y otra vez, con insistencia cronométrica, por su pensamiento pasaba esta idea:

—“Si al menos pudiera morir.”

Prefería la desaparición absoluta, la muerte completa, que aquella especie de existencia agónica que estaba sobrellevando.

Y las trágicas ideas, al pasar por su frente, arrancaban siniestros reflejos a sus bellos ojos.

—“Si al menos pudiera morir.”

Apareció de pronto Margarita.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Por qué no te acostaron?

—Porque no quiero acostarme.

—Te hace falta descansar.

—¡No me hace falta nada! ¡Vete! ¡Aquí nadie te ha llamado!

Pero Margarita, en vez de marcharse, empujó el sillón de ruedas al mismo tiempo que decía:

—Vámonos a la cama y verás qué bien te sienta dormir.

—¡Déjame! ¡Déjame!

Margarita ya no contestó. Siguió empujando el sillón de su hermana Isabel hacia el dormitorio.

IV

—¿Has traído el certificado?— preguntó la madre.

—Ha dicho que él lo traerá— repuso Ana.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

No hablaron más. Al lado del lecho mortuario permanecieron unos momentos mudas y absortas navegando en el cieno de su infinito dolor.

La madre se marchó y Ana se quedó sola con su hermanito.

No apartaba los ojos de aquella carita pálida. De pronto cayó de rodillas al lado del lecho y empezó a rezar.

Primero ni siquiera movía los labios, después se percibió un bisbiseo indescifrable y finalmente el susurro se convirtió en palabras y frases perceptibles.

Era que Ana se iba sintiendo dominada por su propio fervor y por su profundo anhelo de que su hermanito no se marchara.

Con las manos enlazadas, llenos de lágrimas los ojos y el pecho estremecido por hondos sollozos, decía:

—Dios bueno, Dios misericordioso, ten piedad de mí. ¡Le quiero tanto! ¡Déjalo a mi lado! ¡Tú, que todo lo puedes, haz que se quede conmigo! ¡Yo no podré vivir sin él!

No pudo continuar. Un sollozo había destrozado en su garganta las últimas palabras.

Y vencida, abrumada por la tremenda realidad, bajó los ojos y los volvió a fijar en el lecho.

Todo su semblante se crispó en un gesto de sorpresa.

¿Qué era lo que acababan de

ver sus ojos? ¿Podía ser verdad? No, no era posible.

Y al mismo tiempo que estas ideas pasaban como rayos por su pensamiento, ella retrocedía hacia la puerta.

Había visto que el crucifijo que el niño difunto sostenía con las enlazadas manos había caído de ellas. Y después vió cómo aquellas manos se movían. Y en seguida cómo se mecía aquel pecho con el ritmo de la respiración. Y después...

Pero no, no pudo ver más.

Con una mezcla de horror y alegría, de júbilo enloquecedor y de miedo mortal, de sorpresa y de pánico, salió de la habitación corriendo y lanzó este grito que conmovió la casa desde el tejado a los cielos:

—¡¡¡Vive!!!

Y cayó desvanecida.

* * *

Todo el pueblo se había reunido ante la casa de Ana.

La noticia había corrido como

un reguero de pólvora. ¡Ana había resucitado a su hermanito! ¡Ana había hecho un milagro!

Y desde aquel momento, para aquellas sencillas gentes, Ana era algo más que un ser humano.

—¡Un milagro! ¡Ana hace milagros!—repetían.

—Ha rezado por él y lo ha resucitado.

—Es Dios y no ella quien lo ha resucitado. Dios que ha elegido a Ana para que remedie los males de la humanidad.

—Sí. Es una elegida de Dios.

Estos comentarios y otros parecidos se escuchaban antes la casa de Ana.

Todos querían ver a la que hacía milagros, todos querían ver a “la enviada de Dios”.

Se abrió la puerta y el cura tuvo que rogar que les dejaran el paso libre para salir.

Todos se apartaron respetuosamente.

El sacerdote iba acompañado del doctor.

Este estaba tan confundido que

no acertaba a expresar lo que sentía.

—El caso es que no tengo más remedio que creer en el milagro. ¡Lo examiné tan bien!...

El cura sonrió, escéptico.

—No sería tan perfecto su examen, doctor.

—¿Cree usted que dije que había muerto, estando vivo?

—No es la primera vez que ha pasado. Usted sabe mejor que yo que hay estados que se parecen mucho a la muerte.

—¡Esto es gracioso! Yo creo en el milagro y usted no cree. ¡Usted, un religioso! ¡Y yo, un médico!

—Usted cree en el milagro porque no quiere confesar su error.

—¡Es incomprensible!

—Si todo lo que no comprendemos fuera milagro, menudo trabajo tendría el Señor.

Y el cura y el doctor se separaron para emprender cada cual el camino de su casa.

V

Matías Testa empujaba el carrito de inválidos donde Isabel estaba sentada.

Iban por los caminos que serpenteaban en las proximidades de la costa y que trepaban por colinas, trazando graciosos giros para evitar los picachos rocosos.

Era magnífico el paisaje que podía contemplarse desde allí. El mar, las barcas de los pescadores, la pequeña isla que se destacaba en medio del mar, muy cerca de la orilla, como un mágico bosquecillo.

Matías Testa era el propietario de aquella isla. Allí tenía una hermosa finca, donde residía desde que su estado de salud lo alejó de la

ciudad, cuyo ambiente y cuya vida eran tan perniciosos para él.

Matías Testa era un hombre joven, en la flor de la vida. Estaba siempre triste porque conocía su mal y sabía que era incurable.

Fumaba constantemente, a pesar de la prohibición del médico. ¿Por qué le faltaba fuerza de voluntad? No. Si él se lo hubiera propuesto, no habría vuelto a fumar un solo cigarrillo. Pero, ¿qué adelantaba con eso si su mal era incurable? ¿Prolongarlo? ¡Estúpido sistema! El que sufre de un mal incurable, lo que desea es acabar pronto y no prolongar sus sufrimientos.

Así pensaba Matías Testa y con arreglo a esta opinión obraba.

Siempre con el pitillo en los labios. Siempre con aquella mueca en la que se mezclaba la amargura, la indiferencia y el esceptismo.

Su amistad con Isabel, la hermosa imposibilitada era el único aliado de su vida.

Pero ¿era sólo la amistad lo que unía a aquellos corazones? ¿No había tal vez por debajo o por encima de ella un amor? Era casi imposible que aquellos dos seres unidos por el infortunio y por la piedad mutua no se amaran. Sí, un amor tierno, triste e inconfesado unía a aquellas dos almas en el mundo extraño de un ensueño sin alegría y sin esperanzas.

Acaso por eso no habían llegado a confesarse su amor. ¿Para qué, si estaban persuadidos que aquel afecto había de naufragar en un fatídico desenlace?

Ella no se curaría nunca. El se moriría muy pronto.

Se detuvieron al borde del camino. Matías soltó el cochecillo y se sentó en una piedra, a los pies de Isabel.

Encendió un cigarrillo.

—¡Cómo fuma! ¡Cada día quema más tabaco!—comentó Isabel.

—¿Qué quiere que haga?

—Fumar menos.

—¿Para qué?

E Isabel pensó algo que no llegó a decir.

Acaso tenía razón aquel desdichado. Acaso era lo mejor fumar mucho para acabar pronto.

Permanecieron unos instantes silenciosos.

De pronto los ojos de Isabel se animaron. Un leve resplandor de esperanza acababa de pasar por ellos, al descubrir allá abajo, casi en la linde de la costa, la casita de Ana.

A sus oídos había llegado el milagro a los pocos momentos de realizarse. Y aquello fué como si de pronto hubiera surgido una luzcita entre las densas sombras de su alma.

—¿Está cansado?—preguntó a Matías, viendo que respiraba con dificultad.

—Un poco.

—Es fácil cansarse teniendo que llevar el peso propio y, además, arrastrar el de otra persona.

—No es eso lo que me cansa.

—¿Qué es, entonces?

—Todo.

—Entonces es hastío.

—Usted lo ha dicho.

Hubo una pausa.

—Pero usted es fuerte. Debe y puede sobreponerse—declaró Isabel.

—¿Sobreponerme? No tengo que sobreponerme a nada. Mi preocupación no es por mí, sino por usted. Yo vivo fuera del mundo.

Y añadió:

—Me he anticipado a la muerte. Isabel se estremeció.

—Me horroriza oírle hablar así.

Algo que parecía una sonrisa se dibujó en los labios de Matías Testa, al mismo tiempo que dejaba escapar lentamente el humo del cigarrillo.

—Ya lo sé. Usted se tortura. Por eso digo que me preocupa su situación.

—Es que es casi una herejía hablar de la muerte en este lugar y en estos momentos.

Y la mirada de Isabel, empapada del reflejo de aquellos hermosos ojos, paseó con lentitud majestuosa por el paisaje.

—¡Es tan hermoso todo esto!—exclamó como soñando—. ¡Es imposible no amar la vida contemplando un paisaje así!

Y mientras Isabel enlazaba las manos en una actitud casi mística

y entornaba con emoción los bellísimos ojos, Matías Testa fumaba indiferente.

—Mire—dijo Isabel volviendo a la realidad—. Aquella casita es la de Ana. ¿Se ha enterado usted del milagro?

—Sí.

—¿Y qué le parece?

—¿Qué quiere usted que me parezca si no creo en milagros?

—Entonces, ¿opina usted que Ana no ha hecho nada extraordinario?

—Creo que Ana es una muchacha de gran fe. ¡Y la fe es tan fuerte!... Eso aparte de que el muchacho estaba vivo.

—A pesar del reconocimiento del doctor.

—Aunque lo hubieran reconocido cien doctores.

—Entonces, ¿cree usted que son una farsa esas curas prodigiosas que a veces nos refieren los periódicos más serios y hasta los hombres de ciencia?

—Si uno cree, si uno tiene verdadera fe, puede curarse.

—Entonces ¿por qué no se cura usted?

—Porque no creo... acaso porque no quiero...

—Eso es absurdo.

Matías se encogió de hombros.

—¡Sí, es absurdo!—insistió Isabel—. ¿Cómo no va a querer vivir si la vida sólo ha tenido para usted comodidades y placeres, si es usted joven y rico?

—¿Joven? Un hombre enfermo y agotado como yo nunca es joven. Me falta la voluntad, me falta la energía. No puedo *querer* nada.

—¿Y yo? ¿Cree usted que hay remedio para mí?

—Tal vez.

—Entonces...

Se detuvo. Iba a decir algo que de pronto debió de parecerle excesivo porque enmudeció.

Matías no se dió cuenta. Fumaba y fumaba distraídamente.

VI

Más de veinte personas se apiñaban a la puerta de la vivienda de Ana.

Eran enfermos que soñaban con ser curados por la mano milagrosa que había levantado un cadáver de su lecho de muerte.

Los rostros más horribles, las figuras más inquietantes y lastimosas formaban aquel grupo agitado por la más bella esperanza y el más hondo deseo.

—Ella nos curará, ella nos curará—murmuraban.

Llegó una enferma más. Era una pobre mujer que tenía la cabeza torcida y que no podía hacer con ella el más leve movimiento.

—¿Esperáis a Ana?—preguntó a las demás.

—Sí. Esperamos que ella nos cure.

—¡Ella nos curará!—exclamó la recién llegada con una sonrisa que iluminó su pálido rostro.

—Dicen que se unta las manos con un unguento mágico—murmuró una comadre que sólo estaba allí para fisgonear.

—¡Calla, hereje!—replicó vivamente la del cuello torcido—. Ana no necesita unguentos de ninguna clase. Eso son brujerías y Ana no es una bruja, sino una nueva hija de Dios. En su mano está todo el poder del cielo. ¿Para qué quiere unguentos ni mescolanzas? Le basta apoyar una mano sobre una herida para que ésta cicatrice, le basta envolver a un enfermo en el influjo divino de su mirada para que el mal desaparezca... ¡Ella nos curará a todos, porque Dios la ha hecho depositaria de todo su poder!

—¡Sí, ella nos curará!

—Pero, ahora que pienso: ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué no habéis

llamado ya a la puerta de la santa?

—No nos abren.

—Yo llamaré y veréis cómo sí que abren. Quien ha venido al mundo a hacer el bien, a nadie lo puede negar.

Y llamó una y otra vez.

Por fin se entreabrió la puerta y se oyó la voz de la madre de Ana.

—¿Qué queréis? ¿Es qué no va a haber paz en esta casa?

—Queremos ver a Ana. La necesitamos.

—Ana no está en casa—repuso la madre ásperamente.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Dímelo! Necesito verla.

—¡Te he dicho que no lo sé!

Y cerró de golpe la puerta.

La enferma se echó a reír.

—No quiere decirme dónde está Ana, pero yo me enteraré y ella me curará.

—Debe de estar con su novio.

—¿Con Martín?

—Sí. Ahora va a visitarlo con frecuencia.

—Pues si está allí, allí la encontraré.

Y la audaz y obstinada enferma se dirigió a la taberna de la que

Martín era camarero y encargado.

Ana, en efecto, estaba en la taberna con Martín.

No había en el establecimiento un solo cliente, y el muchacho no tenía más trabajo que conversar con su novia.

Martín era un muchacho muy joven y simpático, honrado y trabajador, por lo que todo el pueblo le apreciaba.

Ana estaba inquieta. Había ido allí como buscando protección en el afecto de su novio.

—No me atrevo a volver—decía. —La gente me espera. Todos me abruman con sus demandas. Quieren que les cure. ¿Cómo los voy a curar yo, pobre de mí?

—Verdaderamente, esto pasa de la raya. Te han tomado por el pito del sereno. Te aseguro que como sigan así, les haré entrar en razón con mi vergajo.

Y aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando irrumpió en la taberna la mujer que tenía el cuello torcido.

—¡Ana!
Retrocedió la muchacha, sobrecogida. ¡La miraba de un modo aquella mujer!...

—¡Ana!

Y avanzaba con las manos tendidas.

Huyó la joven.

—¡Déjame, déjame! ¿Qué quieres de mí?

—¡Que me cures!

—¡Yo no puedo curar! ¡Yo no sé curar!

—¿Cómo no has de poder si volviste a tu hermano a la vida?

—¡No puedo, no puedo!—gimió Ana.

—¡Puedes porque eres la elegida de Dios!

—¡No puedo, no puedo!

Pero la enferma estaba ciega de fe y esperanza.

—No saldré de aquí sin que me cures.

—Rézale a Dios. El es el único que puede curarte.

—¡Ana! ¡Ana!

—¡Vete!

—¡Cúrame!

Y apoderándose con rápido movimiento de la mano de la joven, se la llevó al cuello y la oprimió contra él.

Ana luchaba por desasirse, pero la obstinada enferma seguía fro-tando aquella mano inocente contra su cuello.

—¡Basta!—gritó Martín.

Y ya se disponía a intervenir en favor de Ana, usando de su fuerza, cuando la maravilla se produjo.

El cuello torcido se enderezó, la rígida cabeza adquirió flexibilidad.

La enferma lanzó un grito de alegría. Se abalanzó sobre la mu-

chacha, cayó de rodillas ante ella y besó el borde de sus vestidos.

—¡Me ha curado! ¡Me ha curado!

Y salió de la taberna y echó a correr por las calles de pueblo, repitiendo este grito.

VII

Ana y Martín se miraban sin saber qué decirse.

Un profundo estupor, una confusión de perturbada dominaba a la joven.

—¡Se ha curado! — murmuró como si hablara consigo misma.

—Sí, se ha curado.

—Esto es incomprendible.

Pero Martín reaccionó.

—Pensándolo bien, no es tan incomprendible.

—Para mí no tiene explicación.

—Esa mujer tiene fe ciega en ti.

—¿Y qué?

—Y si la fe puede allanar los montes, ¿cómo no va a poder enderezar un cuello torcido?

—¿Fe en mí? ¡Es en Dios en

quien hay que tener fe! Sólo El puede hacer milagros.

—Milagros... milagros... Todo lo que no comprendemos creemos que es milagro, hasta que llega un hom-

bre, le descubre el origen y entonces es un fenómeno natural.

—¡No quiero explicarme nada! ¡Sólo quiero que me dejen!

* * *

Ante la casita de Ana seguía apiñada la gente. Nuevos enfermos habían ido acudiendo de toda la comarca. Rezaban y entonaban cánticos religiosos.

Salió el cura.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó disgustado por la obstinación de aquellos aldeanos.

—Esperamos a Ana.

—¿Para qué?

—Para que nos cure.

—Para eso debéis ir al médico. Y si queréis pedir algo a Dios, id a la iglesia.

—En la iglesia no encontraremos lo que deseamos—repuso una mujer de negros vestidos y rostro amarillo como la ceca.

—Pues si no lo encontráis en la iglesia, menos lo encontraréis aquí.

—Ana puede curar. Ha vuelto a su hermanito a la vida cuando ya estaba muerto. En cambio, yo he estado rezando durante diez años en la iglesia y cada vez estoy peor de la gota.

—¡Calla, calla! Has perdido el juicio. Estáis ofendiendo a Dios.

—No, porque Ana es la elegida de El.

—¡Cuánta locura y cuánta ignorancia!

De pronto todos los enfermos volvieron la cabeza. Acababan de oír el grito de:

—¡Me ha curado, me ha curado!

Y llegó corriendo la mujeruca del cuello torcido. Y todos vieron que aquel cuello estaba ya tan rec-

to como el de la persona más sana.

—¡Miradla!—gritó uno de los enfermos—. ¡Ya no tiene la cabeza torcida y puede moverla!

—¡Es ella, es ella quien me ha curado! ¡Le ha bastado ponerme la mano encima para curarme!—gritaba la mujeruca.

Parecía que iba a enloquecer de alegría.

Todos los enfermos la rodearon, todos tocaron aquel cuello antes rígido como un trozo de madera encurvada y ahora recto y flexible.

—¡Otro milagro! ¡Otro milagro!

Y los enfermos volvieron a entonar sus cánticos.

* * *

—La gente se ha vuelto loca. Todos le piden milagros. La chica no se atreve a salir de casa. ¡Qué estupidez!

Así había hablado el marido de Margarita durante la cena, en presencia de Isabel y de Matías Testa, que se hallaba allí en calidad de invitado.

Isabel replicó vivamente:

—¿Por qué te burlas? Si no lo comprendes, cállate. No hay que reírse de cosas que para algunos lo representan todo.

Margarita se levantó. Puso cariñosamente una mano en el hombro de su hermana.

—¿Por qué te exaltas? ¿No comprendes que eso va en perjuicio tuyo?

Y al mismo tiempo indicó a su marido por señas que se marchara.

Salió éste y le siguió Margarita.

Testa e Isabel quedaron solos una vez más. Dijo la enferma:

—¡Es horrible vivir en este mundo de incomprensión!

—Piense que hay convicciones muy arraigadas.

—Pero eso no impide que se respeten las de los demás.

Teste calló. Esta vez la razón estaba del lado de Isabel. ¿Acaso

él, tan incrédulo, no respetaba aquellas creencias de la imposibilitada?

Y aprovechó este silencio para encender un pitillo y empezar a fumar ávidamente.

Hubo una de aquellas pausas tan

frecuentes entre ellos. Los pensamientos de ambos iban por caminos distintos. Sin embargo, converjían en un mismo punto.

De pronto, Isabel suplicó:

—Testa: tráigamela usted. Necesito verla.

VIII

Era de noche y todavía se apiñaba la gente a la puerta de la casa del milagro.

Todavía se oían los cantos de los desesperados y fanáticos enfermos. No se moverían de allí hasta que Ana los curase. Más tiempo habían estado rogando y esperando en el altar de la iglesia.

Cuando llegó Matías Testa, comprendió que le sería difícil entrar

en la casa por la puerta principal y dió un rodeo y llamó en la puercecilla trasera.

Salió a abrir el padre de Ana.

—¿Qué desea usted?—preguntó el viejo recelosamente.

—Soy Matías Testa. Deseo hablar con Ana.

Al oír el nombre del señor de la isla, el padre de Ana se apresuró a dejarle el paso libre y a indicar

le la habitación donde Ana se encontraba.

Entró Matías y vió que la joven estaba sentada ante una mesa, con los brazos sobre ella y la cabeza sobre los brazos.

La tocó suavemente en un hombro.

—Ana.

Ella se volvió asustada.

—Soy yo, mujer. ¿Qué te pasa?

—¡Esa gente!—repuso la pobre muchacha, por los que seguían cantando junto a la puerta—. Tengo miedo. Todos quieren que les cure.

—¿Y eso te da miedo?

—Sí, señor. No sé lo que se me antoja.

Y en el pensamiento de Ana subsistían, imborrables, aquellos dos hechos, aquellos dos “milagros” que daban la razón a la gente.

—Eso no debe inquietarte ni ofenderte—dijo Matías—. Te adoran. Creen en ti. ¿Por qué quitarles la esperanza?

—¿Acaso cree usted también?

Matías se encogió de hombros.

—Eso no importa. A mí no has de curarme.

—Ni a usted ni a nadie. ¿Cómo

voy a poder yo curar, pobre de mí?

—Oyeme, Ana. Cures o no cures, tú puedes hacer mucho bien.

—¿Cómo?

—No contrariando a esa pobre gente. Déjalos que crean en ti.

—Es en Dios en quien deben creer.

—Ana, ellos pueden creer en Dios y en ti al mismo tiempo. Por ese lado puedes estar tranquila.

—Pero yo no puedo consentir que crean que soy tanto como Dios. Sólo pensarlo me horroriza.

—Si tú crees en El, y bien sé yo que crees, puedes tener la seguridad de que El no ha de ver con malos ojos que tú repartas el bien a manos llenas.

—Pero, ¿cómo puedo hacer eso?

—Para empezar, yo voy a pedirte un favor. Tú conoces a la señorita Isabel, ¿verdad? Tú sabes que está imposibilitada.

—Sí, señor.

—Pues bien; ella quiere verte y es preciso que tú transijas.

—¿Verla? ¿Para qué?

—Ella lo desea, lo anhela de tal modo que no vivirá hasta que hable contigo. ¿Por qué negarle ese

deseo que a ti te va a ser tan fácil satisfacer?

—Si es sólo ir...

Y Matías recordó la discusión mantenida entre Isabel y su cuñado. Evidentemente no había de ser del agrado de éste que Ana se presentara bajo el techo en que él vivía y también resultaría un poco violento para Isabel recibirla en aquella atmósfera de incredulidad.

Entonces pensó en su casa. Avisaría a Isabel que fuera a la isla y allí haría ir también a Ana.

—Si quieres hacer ese gran bien

a una pobre inválida, ven mañana a las tres a mi casa de la isla.

—Pero, una vez allí, ¿qué he de hacer? — preguntó Ana recelosamente.

—Ya te lo he dicho: hablar con ella.

—¿Sólo hablar? ¿Y qué adelantará con eso?

—Bastará tú presencia para tranquilizarla.

—Está bien. Iré.

—Acuérdate de la hora: a las tres.

—Sí, señor: a las tres estaré allí.

* * *

—¿Sabes dónde vive Ana?—había preguntado Isabel a la doncella.

—Sí, señorita.

—Pues llévame a su casa.

—¿Ahora?

—Sí, inmediatamente.

—Es muy tarde, señorita. Acaso no le siente bien salir.

—¡Calla y obedece!

Isabel había tomado esta determinación, después de pasar varias horas a solas con su pensamiento.

¿Habría ido Matías a cumplir su encargo?

Mucho confiaba en su generosidad, pero ¡era tan escéptico!

Por otra parte, había que contar con la conformidad de Ana.

¿Querría acudir a su llamamiento aunque Matías la hubiera avisado?

Y bastaba esta duda para que ella se sintiera presa de la mayor inquietud. No. no podía continuar en aquel estado de angustia y de indecisión. Necesitaba ver a Ana, quería hablar con ella, quería hacer aquel último intento, cuando ya la ciencia se había confesado impotente para curarla.

Si Ana había resucitado a un difunto, ¿como no había de poder curarla a ella?

¿Qué era ridículo unirse a aquellas ignorantes aldeanas en su ciega credulidad? Para ella no podía ser ridículo ningún intento de curación. ¡Anhelaba con tanto fervor curarse!

Y por eso, después de pensarlo mucho en aquellas horas de silencio y soledad, llamó a la sirvienta y le ordenó que la condujera a casa de Ana.

La doncella no tuvo más remedio que obedecer ante la insistencia de su señorita. Pero ya se dirigía el cochecillo hacia la puerta del vestíbulo, cuando apareció Margarita en el umbral.

Dirigió a su hermana una mirada de sorpresa.

—¿Adónde vas?

—¡A casa de Ana!—repuso Isabel retadoramente.

—¿A estas horas?

—Sí.

—Pero, ¿cómo se te ha ocurrido eso ahora? ¿Qué te propones?

—¿Que qué me propongo?

Sonrió amargamente.

—¡Qué me preguntes tú eso sabiendo cuánto sufro!

—Bien, pero ahora...

—¡Ahora, sí! — gritó Isabel exasperada—. ¡Ahora mismo! ¡Es mi salud lo que intento recuperar! ¿Comprendes? ¡Soy una mujer que desea volver a la vida!

Y ordenó a la doncella:

—¡Vamos! ¡No vuelvas a detenerme!

Pero Margarita ordenó a su vez a la sirvienta:

—Puedes ir a acostarte.

Y la doncella obedeció.

Isabel comenzó a lanzar gritos desesperados, pero Margarita, impasible, con aquella firmeza de carácter que a la fuerza había tenido que ir adquiriendo al lado de la desesperada enferma, condujo hacia el dormitorio el cochecillo de la inválida.

IX

Ya había avisado a Isabel dándole cuenta de todo lo tratado con Ana.

Se acercaba la hora y Matías se entretenía tocando el piano. Algo muy dulce y muy triste al mismo tiempo se escapaba de la caja sonora. Aquella música hablaba directamente al corazón, llenándolo de una extraña angustia. Y Matías recordaba a aquel otro enfermo sublime, creador de los nocturnos, cuya mágica música deleitaba y apenaba al mismo tiempo.

Un criado se presentó para anunciar la llegada de la señorita Isabel.

Matías salió a recibirla y tomó

el cochecillo de manos de la criada.

La esperanza llenaba de animación el semblante de Isabel.

—¿Cree usted que vendrá? — preguntó ansiosamente.

—Estoy seguro. Lo ha prometido y es una muchacha muy seria.

En efecto, mientras Isabel llegaba a la isla en su lancha de motor, Ana saltaba al bote de su padre y empezaba a navegar hacia los dominios de Matías Testa a fuerza de remo.

Aquellos brazos estaban muy ejercitados en las tareas marinas.

La sencilla y cándida aldeana era



No apartaba los ojos de aquella carita pálida.



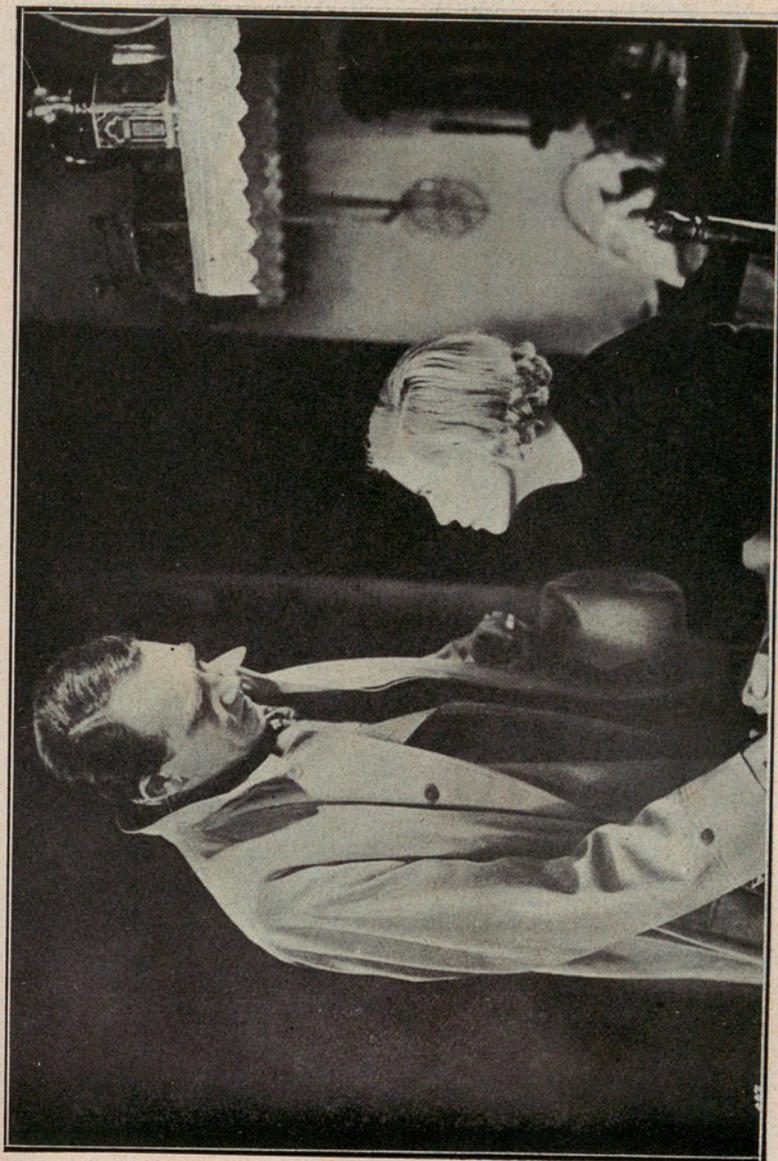
—...¿Cómo los voy a curar yo, pobre de mí?



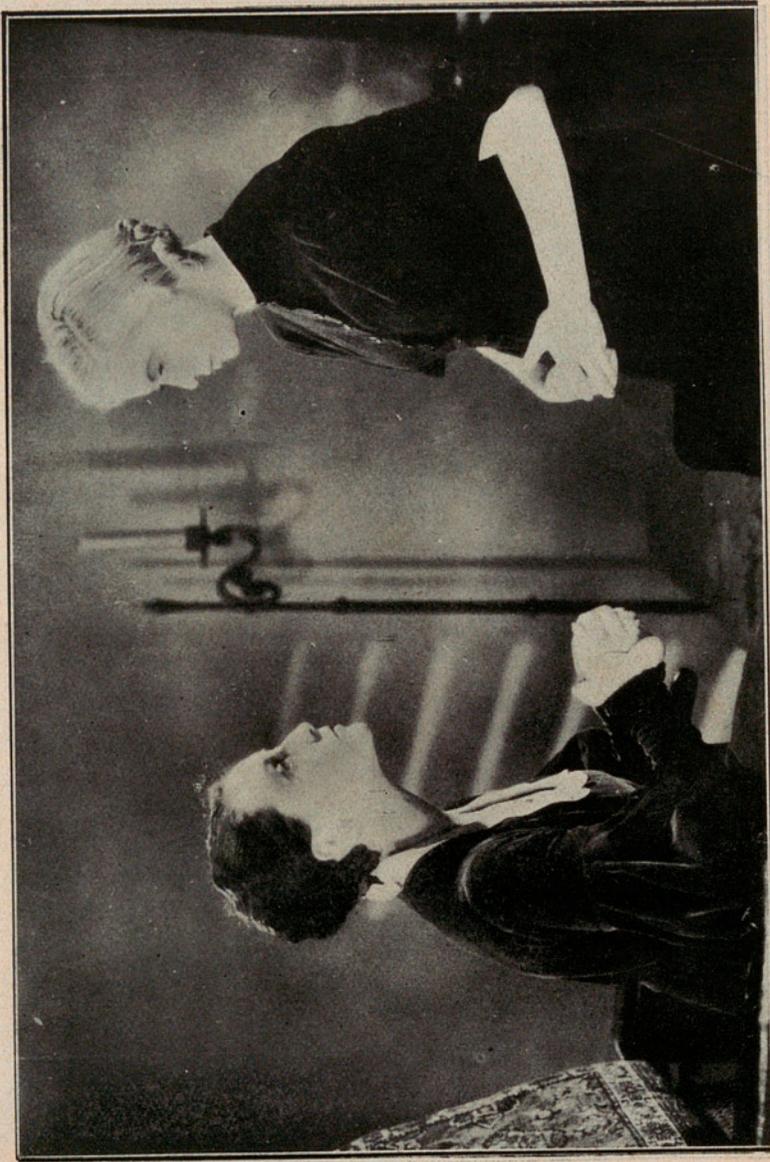
Y apoderándose con rápido movimiento de la mano de la joven, se la llevó al cuello y la oprimió contra él.



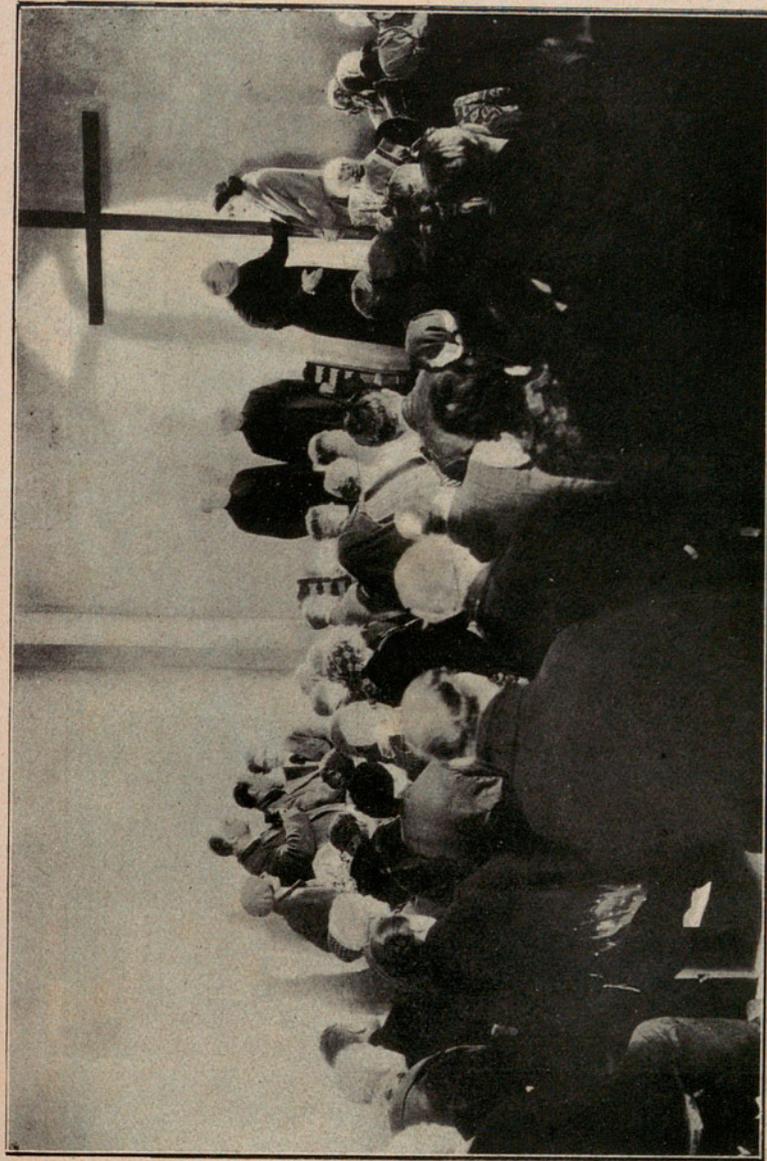
—Testa: tráigamela usted.



—Si quieres hacer un gran bien a una pobre inválida, ven mañana a las tres a mi casa de la isla.



—Ven. Acércate.



Cuando llegaron al templo, aumentó el temor y la inquietud de Ana...



—... Ana le curará.

al mismo tiempo una muchacha fuerte y valerosa.

Los peligros del mar no la inquietaban y, en cambio, por una de esas paradojas de la vida, una simple palabra, una idea o un sentimiento podían sumirla en el más hondo terror. Así le había ocurrido cuando la gente le daba a entender que tenía la facultad de hacer milagros, y cuando la mujeruca del cuello torcido irguió la cabeza al simple contacto de su mano, y cuando...

Pero no, no quería ni siquiera pensar en ello. Su hermanito vivía.

Ella había anhelado profundamente tenerle a su lado y lo tenía. Lo demás no le importaba. Era preferible pensar que nunca había corrido el peligro de perderlo, era preferible porque, de lo contrario, la felicidad que experimentaba viéndolo junto a ella, se enturbiaría bajo la tremenda preocupación de...

No, no quería pensar en ello.

Y los robustos brazos de la ingenua aldeana, impulsaban el bote braviamente a través de las olas, proa a la isla de Matías Testa.

* * *

—Abra las ventanas. La atmósfera está cargada de humo. Como de costumbre, esta mañana ha fumado usted como un desesperado.

—¿Y eso que importa?

—A usted no le importa nada. Le compadezco, amigo mío.

—Soy yo quien ha de compadecerla, precisamente porque le importa todo.

—En estos momentos, sí. Me siento poseída de la esperanza. Ella va a venir. Soy otra mujer distinta. Dígame sinceramente, Matías: ¿usted cree que ella me puede curar?

—Lo importante no es que yo lo crea, sino que lo crea usted.

—Pues bien; sí que lo creo.

—Entonces... tiene usted un no-

venta por ciento de probabilidades a su favor.

—¿De veras?

Y un relámpago de fe, esperanza y alegría iluminó momentáneamente los ojos de la inválida.

—¿De veras lo cree usted?

—Estoy convencido.

Y fumaba y fumaba con los codos apoyados en las rodillas, sentado en el borde del bajo asiento y la cabeza doblada sobre el pecho hundido.

Fumaba y pensaba.

Y para Isabel, deseosa de vivir, anhelante de recobrar su preciosa salud eran aquellos pensamientos un enigma impenetrable.

¿Qué perseguía Matías Testa al adoptar aquella indiferencia suicida? ¿Qué adelantaba? ¿Qué iba a conseguir?

—¡Es usted incomprensible! — exclamó la inválida sin poder contenerse.

—¿Por qué?

—Porque no ama la vida ¿Espera acaso alcanzar otra mejor?

—Ni yo mismo sé lo que espero.

Una pausa.

—¿Estaba tocando el piano?— preguntó Isabel.

—Sí.

—¿Le gusta la música?

—Para un rato.

—¿No le conmueve a usted Chopin? ¿No le electriza Beethoven?

—No me ocurre nada de eso.

—¡Nada, nada le importa! ¿De qué extraña materia está hecho su corazón?

—¡Vaya usted a saber!

A través de la ventana abierta se percibía el vuelo majestuoso y lejano de los pájaros marinos. Y aquellas aves parecían alados copos de nieve lanzados al espacio para embellecer el límpido azul celeste.

Un bote llegó al desembarcadero.

Ana amarró la ligera embarcación y saltó a tierra.

Paso a paso, con una mezcla de timidez y recelo, se dirigió a casa de Matías Testa.

X

—¡Vete! Quiero estar a solas con Ana.

Matías Testa se marchó.

Isabel se repetía con una convicción profunda:

—Me curará, me curará.

Apareció en el umbral Ana. Se había detenido allí y lo miraba todo un poco sobrecogida. Era como si temiera manchar con sus pies el reluciente suelo del salón. ¡Cuánta riqueza había en todo aquello y cuánta pobreza y humildad llevaba ella encima!

Isabel balbuceó profundamente emocionada:

—¡Ana! Gracias a Dios que has llegado.

Y la sencilla aldeana dirigió una mirada a aquellas piernas rígidas e inmóviles.

¿Pretendería que la curase, a pesar de lo que había dicho Matías Testa?...

Este pensamiento, este temor, aumentó su inquietud.

—Testa me dijo que...

—Ven. Acércate — la interrumpió la inválida.

Ella avanzó paso a paso, trémula de inquietud.

—¿Qué quiere de mí? — preguntó.

—¿Qué voy a querer? Mira mis piernas: no se han movido nunca. Mira mi cuerpo: hace muchos años

que está postrado en este sillón.
¿Y tú me preguntas que quiero?

Ana tuvo que bajar los ojos como deslumbrada por la mirada resplandeciente y ansiosa de Isabel.

—Pero ¿qué puedo hacer yo?

—¡Curarme!

—¡Oh, no! ¡Yo no puedo curarla! ¡Yo no puedo curar a nadie!

—¿Cómo no has de poder, Ana, si haces milagros?

—¡No, no! No puedo.

—Sí puedes. Hay en ti un poder extraordinario, una fuerza maravillosa.

—¡No, no!

—¡Cúrame, cúrame!

Isabel tendía las manos hacia Ana y en su semblante había un ansia infinita, una súplica desesperada.

—¡No puedo curar a nadie! —gimió Ana—. Con todo esto estamos ofendiendo a Dios.

—¡Dios te bendecirá si tú me curas! ¿No ves lo desgraciada que soy?

—Pero ¿cómo voy a curarla yo, pobre de mí?

—¿Cómo resucitaste a tu hermanito? Pues esto es mucho más fácil. ¡Hazlo, Ana! Dame la feli-

cidad a que tengo derecho. Tú puedes hacerlo porque eres la mano de Dios.

—¡Cállese!

Y exclamó alzando los ojos al cielo:

—¡Perdón, Dios mío! ¡Yo no tengo la culpa!

—¡Ana, Ana!

—¡Me voy, me voy! No puedo estar aquí.

Y corrió hacia la puerta.

—¡Ana, Ana!

Era un grito tan angustioso y desgarrador, que la aldeana se detuvo, compadecida.

—¿Qué quiere?—gimió—. ¿No ve que no puedo hacer nada?

—¡Ana, Ana! ¡Cúrame!

La joven siguió retrocediendo hasta situarse en el umbral.

—He de marcharme. Adiós.

—¡Ana, Ana!

Y las manos enclavijadas de la enferma se tendían hacia la aldeana en demanda de lo que anhelaba tan fervorosamente.

—¡No te vayas! ¡No te vayas!

Pero Ana se iba. Su pie ya había pasado al otro lado del umbral.

Y entonces ocurrió el tercer milagro.

Isabel quiso retener a Ana. ¿Cómo? Con palabras no podía. Habría de cogerla, de sujetarla. Y, sin pensar lo que hacía, echó el cuerpo hacia adelante, se levantó y dió dos pasos hacia la aldeana. Fué un esfuerzo tan tremendo en su afán de retener a Ana y una sorpresa tan profunda al darse cuenta de que estaba en pie y había andado, que tuvo que apoyarse en el piano para no caer.

Y un grito agudo y delirante salió de sus labios.

—¡Puedo andar!

Ana retrocedió sobrecogida.

—¡Puede andar!—repitió.

Y en su rostro se advertía la expresión de quien no cree lo que ve.

—Puede andar—repitió sordamente.

Reaccionó de pronto y huyó gritando:

—¡Testa! ¡Testa! ¡Puede andar!

Se había quedado Isabel apoyada en el piano. Estaba pálida. El sudor perlaba su frente y sus mejillas. Una fatiga enorme se había

apoderado de todos sus miembros. Jadeaba. Se habría dicho, al verla, que acababa de realizar un esfuerzo de atleta. Y no había hecho sino dar dos pasos.

Algo formidable y deslumbrador de tan hermoso, acababa de ocurrir en su espíritu. Un nuevo mundo, lleno de esplendor y de belleza acababa de abrirse a sus ojos. Una vida con nuevos horizontes...

—¡Ha hecho el milagro! — se decía—. ¡Es la elegida de Dios!

Y Ana, entretanto, corría por el jardín de la casa gritando:

—¡Testa! ¡Testa!

Lo encontró.

—¿Qué pasa?—preguntó el enfermo.

—¡Corra!... ¡Isabel!... ¡Corra!

Matías corrió. Corriendo entró en la estancia donde se encontraba Isabel.

Pero se detuvo y dió un paso atrás, en una convulsión, al ver que estaba en pie.

—¡Matías! — sollozó Isabel—. ¡Puedo andar! ¿No te lo decía yo? ¡Ana me ha curado!

XI

Alguien que se había apresurado a ir al pueblo desde la isla, llevó el sorprendente mensaje.

—¡La señorita Isabel puede andar! ¡Ana la ha curado!

Y la aldea entera volvió a vibrar de sorpresa ante el nuevo milagro.

Se corrieron las voces.

—¡Ana ha curado a la señorita Isabel!

Las comadres se echaron a la calle.

—¡La ha curado, la ha curado!

Y gritaban los enfermos, los desesperados:

—¡Nos puede curar, nos puede curar!

Y las que no eran enfermas ni comadres, repetían el grito:

—¡Ana ha curado a la señorita Isabel!

Los hombres más recios y más incrédulos se unieron a la masa.

—¡Otro milagro, otro milagro!

Y todas las puertas se abrían y alguien asomaba la cabeza, lanzando al interior la noticia sorprendente.

También se abrían las ventanas. Entonces alguien preguntaba. Y la respuesta era siempre la misma.

—¡Ana ha curado a la señorita Isabel!

La puerta de la taberna donde trabajaba Martín se abrió también.

Y alguien dijo:

—Martín: otro milagro de Ana. La señorita Isabel puede andar.

Y Martín tuvo un gesto de contrariedad.

—¡Nada! ¡Que no va a poder vivir tranquila!

Pero la tensión no había llegado aún al límite. Esto ocurrió cuando se vió a venir de la isla la barca de Isabel y su dueña de pie en la proa.

Entonces todo el pueblo se aglomeró en la costa. Y se produjo un

silencio sepulcral mientras la barca se acercaba a la orilla.

En la popa, sujeto de cualquier modo, iba el cochecillo. En la proa se veía la figura erguida, fina y esbelta de Isabel.

Y todos vieron como bajaba por su propio pie y como avanzaba hacia su magnífica residencia.

En la popa de la barca, abandonado para siempre había quedado el cochecillo, aquel cochecillo que Isabel no volvería a utilizar.

* * *

—La ciencia declaró su fracaso. En cambio Ana, me curó. Ana ha hecho el milagro.

—Los milagros sólo los hace Dios—replicó el sacerdote con firmeza.

Isabel sentía hacia Ana algo más que la gratitud por haberla curado.

Veía en ella una elegida de Dios y como tal la admiraba y la veneraba.

Desde aquel momento inolvidable en que regresó de la isla y entró en su casa por su propio pie, Isabel no había consentido que Ana se separase de su lado.

—Te quedarás aquí—le había dicho—. Ni a ti ni a tus padres os faltará nada de hoy en adelante. Lo que tú has hecho por mí no se paga con nada.

Y Ana había aceptado más que

por su propio bienestar, por el de sus padres.

Ana estaba transformada. Ya no vestía los recios y humildes vestidos de la aldeana, sino elegantes trajes comprados, como los de Isabel, en la ciudad.

Y así las cosas, el cura fué a visitar a Isabel.

¿Era que le faltaba la fé a aquel sacerdote que como tal la predicaba y como tal tenía que dar ejemplo a los fieles?

No. Nadie con más dignidad que él podía desempeñar el sagrado ministerio. Era que su inteligencia le colocaba muy por encima de la ignorancia de aquellos aldeanos que muchas veces confundían la fé con la superstición.

Y así creía servir a Dios mejor que si explotara la ignorancia de aquellas gentes humildes.

—Ana ha hecho el milagro — había dicho Isabel.

Y él replicó prestamente:

—Los milagros sólo los hace Dios.

—Pero Ana me ha curado.

—¿Tan ofuscada está usted que cree que esa pobre criatura...?

—Esa pobre criatura lo puede todo.

—¡Isabel!

—Será inútil que se empeñen en no ver lo que es tan evidente.

—Dejemos eso a un lado. No está usted en el momento más a propósito para razonar serenamente. ¿Cree usted que tiene derecho a amargar la vida a esa pobre criatura?

—Ella tendrá todo cuanto pueda desear.

—No. Ella tendrá todas las comodidades que su alma sencilla no apetece. En cambio, su tranquilidad y su fe están en peligro.

—Ella ha aceptado.

—Ella es sumisa, es generosa; ella no tiene valor para oponerse a la voluntad de quien siempre le ha inspirado respeto. Usted es responsable.

—Señor cura, le agradeceré que no insista. Usted mismo ha reconocido que no estoy en el momento oportuno para dejarme convencer.

—Lo siento.

Cogió el sombrero y salió de la casa.

Todo aquello empezaba a preocuparle. Antes de ver a Isabel estaba convencido de que en aquella cura no había intervenido Dios

para nada. Algo natural, aunque fuera de lo común como en el caso del hermanito de Ana.

El seguía aferrado al convencimiento de que aquel niño no había podido resucitar por la sencilla razón de que no había muerto.

Hay estados en el individuo que se parecen mucho a la muerte, tanto, que el médico más eminente puede incurrir en error. Del mismo modo, hay curaciones que parecen milagros y que no son más que convulsiones de la naturaleza sacudida por el convencimiento y

por el ímpetu irrefrenable de la sugestión.

Pero el caso era que después de haber visto a Isabel...

La curación había sido demasiado completa y asombrosa para que a él mismo no le cupiera la duda de si sería...

—¡No! — exclamó—. Iba a decir Ana, pero eso nunca, ¡eso jamás! Si acaso... Dios.

Y procuró distraerse, alejar de su pensamiento aquel problema que empezaba a inquietarle.

XII

Martín estaba profundamente disgustado con el rumbo que habían tomado las cosas.

El nuevo milagro de Ana, no

sólo había acabado de esclavizarla a ella sino que había caído como una valla entre los dos.

Bien es verdad que ella le había

asegurado que no lo olvidaría nunca, pasara lo que pasara.

Pero ¿podía él conformarse con eso? ¿Podía él permanecer impasible ante aquella separación?

Amaba a Ana demasiado para privarse de buenas a primeras de aquellas charlas, tan magníficas dentro de su sencillez, que mantenía con ella diariamente.

Ana iba a visitarle porque tenía más horas libres que él. Y cuando se acercaba el momento de la llegada de Ana, Martín, a veces sin cesar de trabajar en el mostrador, no quitaba ojo de la puerta.

Y cuando ésta se abría para dar paso a Ana, le parecía que otra puerta se abría ante su corazón, mostrándole un mundo de ensueño.

Ahora, en cambio, sólo miraba a aquella puerta para decirse con amargura que no se abriría para dar paso a su amada.

Esto le tenía sumido en un estado de nerviosismo rayano en la desesperación.

Ana, en los recados que enviaba a su casa, decía que la señorita Isabel le rogaba se quedara un día más, y después varios días. Más de una semana llevaban ya así, una

semana que para la impaciencia de Martín era un año.

—¡Esto no puede ser y no puede ser!—exclamó.

Y aquella tarde, cuando terminó su trabajo en la taberna, se dirigió a casa de Ana.

—¿Qué saben de ella?

—Dice que tardará unos días en venir. La señorita Isabel la necesita.

—Pero ¿qué le ha dado la señorita Isabel?

—La señorita Isabel es muy generosa—repuso la madre.

Y estas palabras fueron para Martín una revelación.

Ana estaba allí contra su voluntad. Ana se sacrificaba por sus padres

Pero ¿había derecho a permitir que se prolongara aquel sacrificio?

—La señorita Isabel podrá ser muy generosa y estar agradecida a Ana—repuso Martín vivamente—pero con nosotros no lo demuestra.

—¿Por qué dices eso?

—¿Por qué quiere usted que lo diga? ¿Cree que Ana y yo podemos pasar sin vernos? ¿Cree la se-

ñorita Isabel que vamos a estar así toda la vida?...

—Toda la vida no, pero...

—¡No intente convencerme! Estoy decidido a que esto termine.

—¿Qué vas a hacer?—inquirió la madre con inquietud.

—En primer lugar ir a verla. Después... ya veremos.

—¡Martín!

Pero Martín ya no podía oírlo.

Había salido corriendo a la calle y corriendo se dirigía a casa de Isabel.

* * *

—La señorita Isabel es más insostenible ahora que cuando estaba enferma.

—La señorita Isabel—contestó la cocinera—tiene su genio, pero tú tienes tan poco de paciencia como yo de violinista.

—Yo creí que el malhumor era cosa de la enfermedad, pero veo que es de nacimiento.

—A ti te hace falta estar en una casa como la que yo conocí por experiencia cuando era una mocita.

—¿Qué hacías en aquella casa?

—Estaba de niñera.

—Pues no es un trabajo muy pesado.

—Pero verás lo que pasó. Entré

en la casa antes de que naciera el niño, porque los señores querían tenerlo todo preparado con tiempo. Y cuando llegó el momento nacieron dos en vez de uno.

—¿Y te tocó cargar con los dos?

—Sí, hija, sí. Cuando la señora se puso buena hablé con ella y le dije que aquel no era el trato. Que yo había ido allí para tener un niño y que si habían nacido dos la culpa no era mía. ¿Sabes lo que me contestó?

—Se iría por los cerros de Ubeda.

—Nada de eso. Me contestó tranquilamente: "Si tú no tienes la culpa, tampoco la tengo yo".

—En el fondo tenía razón.

—Total que yo dije que no me conformaba y que tomaran a otra niñera para que se cuidara de uno de los niños. Pero la señora, que era así de tacaña, me tentó ofreciéndome un duro más, y como la verdad era que me hacía el dinero muchísima falta, me quedé.

—¡Pues sí que sudarías!

—Mira la vida que me darían aquellos angelitos de Dios, que me prometí a mí misma no casarme y aquí me tienes más sola que un hongo.

—¡No tan sola, no tan sola!

—¿Qué quieres decir?

—¡Vamos, mujer! No disimules. ¿Crees que no te he visto pelar la pava con el cocinero y meterle en el saco del carbón cada chuleta como mi brazo?

—Eso sí que no es verdad. Yo me guardaré mucho de...

—Decir que eso no es verdad es tanto como confesar que es verdad lo otro.

La cocinera se vió cogida en el lazo.

Y nada pudo inventar ni replicar, porque en aquel momento Martín, que había entrado en la puerta trasera de la casa, apareció en la cocina.

XIII

—¿Dónde está Ana?

—¡Hola, Martín!

—¡Hola! — y volvió a preguntar: —¿Dónde está Ana?

—¿Esperabas encontrarla en la cocina?

—¡Qué sé yo lo que espero!

—Ana está muy cambiada—explicó la cocinera.

—¿Le ha dicho algo de mí?

—No quiero decir que haya cambiado interiormente. Cuando veas como va vestida te vas a quedar bizco.

—¡Necesito verla!

—Pues has venido bueno. No nos vas a dar tiempo ni siquiera a que te preguntemos por tu familia.

—Está bien, muchas gracias... Si usted supiera lo que está pasando por mí, no me haría esperar tanto. ¡Cómo se conoce que usted no ha amado nunca!

La doncella se echó a reír y la cocinera le dirigió una mirada de súplica.

Pero la sirvienta, con una travesura muy propia de su edad, exclamó:

—¿Que no sabe lo que es amar? Eso es lo que usted se cree.

—Niña, no gastes bromas—protestó la cocinera más roja que una granada.

—Eso es lo mismo que le dices al cocinero cuando se pone vehementemente.

—Lo que tienes que hacer es ir a visitar a Ana, charlatana.

—Ya voy. Pero ¿no te parece que se enfadará la señorita?

—Si eres tan tonta que se lo vas a decir delante de ella, ¡claro que se enfadará!

—Y si lo digo a escondidas y después se entera la señorita Isabel.

—Con decirle que no sabías nada, asunto concluído.

—Tú todo lo ves de color de rosa desde la cocina.

—¡Le suplico que vaya a avisarla!—le pidió Martín.

Y dió a sus palabras una expresión tan conmovedora, que la doncella pensó:

¡Quién fuera amada así!

Y fué a llamar a la mujer que tenía la suerte de ser amada con tanto fervor.

Le dió el aviso con toda discreción. Ana experimentó un íntimo estremecimiento.

—¿Está usted segura de que se llama Martín?

—Es el nombre que le ha dado la cocinera.

—¡Vamos, vamos!

También a ella le parecía que

había pasado un siglo desde que viera por última vez a Martín.

Acudió a la cocina. Se detuvo en el umbral y permaneció allí unos momentos, sintiéndose acariciada por la mirada del amado.

—¡Martín!—suspiró

—Ana, creí que no volvería a verte.

La sirvienta escuchaba aquellas ternezas profundamente conmovida y llena de curiosidad.

Pero la cocinera, más prudente, la empujó hacia la puerta, al mismo tiempo que le decía:

—Entre los Mandamientos debía haber uno que dijera: no estorbar.

—¡Bueno, mujer, bueno! No empujes.

Quedaron a solas aquellos dos seres que habían nacido para marchar unidos por el mundo.

Martín estaba absorto y asombrado contemplando el vestido de Ana.

¡Qué distintas aquellas ropas, tan elegantes dentro de su sencillez, a las que llevaba antes de haber hecho su tercer milagro!

Indudablemente estaba así mejor, más bonita, pero a Martín le parecía verla más lejos. Experi-

mentaba la confusa impresión de que aquel vestido los separaba.

Pero esta idea se desvaneció muy pronto cuando vió que los ojos de Ana estaban, como siempre, llenos de ternura hacia él.

—No pareces la misma, Ana—dijo él sin poder contenerse.

—Eso mismo me digo yo.

—Están abusando de tu bondad.

—¿Me guardas rencor por lo que he hecho?

—¿Rencor? Eso es imposible entre nosotros, Ana. Pero me duele no poder verte todos los días como antes. ¿Acaso no te sucede a ti lo mismo?

—Claro que sí, Martín.

—Entonces, ¿por qué no vuelves a tu casa?

—No sabría decírtelo exactamente. Lo único que sé es que en mi vida ha habido algún cambio muy importante. Antes lo veía todo muy claro. Ahora todo es confusión en mi alma y en mi pensamiento. ¡Es tan sorprendente lo que ha ocurrido!

—Me temía que acabaras por creer en tus propios milagros.

—Como creer, no creo aún, pero todo me induce a pensar que...

—Acabarás creyendo.

—Es más exacto decir que no tendré fuerzas para seguir dudando.

—¡Pues vaya un porvenir!

—¿No te pasa a ti lo mismo, Martín?

—¿Qué es lo que ha de pasar-me?

—¿No te parece que es muy extraño todo lo que me ha ocurrido?

—Verdaderamente...

—Primero mi hermanito, después aquella pobre aldeana, ahora la señorita Isabel...

—Sí, sí. Todo muy extraño, pero...

—¡Oh, Martín! ¡Si tú hubieras visto cuando echó a andar!...

—Supongo que te llevarías una impresión enorme.

—No sé si lo que sentí fué sorpresa o pánico. Lo cierto es que salí corriendo en busca de Matías Testa para contarle lo ocurrido. El se fué hacia la casa y se quedó más asombrado aún que yo al ver que la inválida se había levantado.

—¿Pero qué hiciste para curarla?

—Nada. Ella lo hizo todo.

—¿Ella?

—Sí. Lo mismo le pasó a la mujer del cuello torcido. ¿Recuerdas?

—En efecto. Ella lo hizo todo.

—Pues la señorita Isabel lo mismo. Me pidió que la curase. Yo me marchaba. Ella quiso seguirme y no sé cómo fué que, de pronto, vi que se levantaba y daba dos pasos.

Calló Ana. Por su mirada pasaba el recuerdo de aquellos intentos segundos.

—Es lo que te dije, Ana—comentó Martín—. La fe puede allanar los montes.

—La señorita Isabel cree que puedo curar a todos los enfermos y hacer toda clase de milagros.

—La señorita Isabel se ha propuesto que no vivas tranquila.

—En eso tienes razón, Martín. La tranquilidad es algo que estoy echando mucho de menos.

Y añadió en tono de súplica:

—Ahora, vete, Martín. Ya nos volveremos a ver.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Me prometes no olvidarme?

—Eso no lo podría hacer aunque quisiera.

—¿Es eso verdad, Ana?

—Sí, Martín. Entre nosotros ya nada puede cambiar.

Y Martín vió en aquellos ojos un relámpago de sinceridad que le tranquilizó profundamente.

XIV

—Le ruego que me cuente cómo ocurrió el caso. El señor obispo se ha interesado por esta extraordinaria curación, de la que han hablado los periódicos de la ciudad.

Era el cura el que había hecho el ruego y Matías Testa el que lo recibía.

El sacerdote había ido a la isla para interrogar a aquel hombre cuyo escepticismo conocía y al que tenía por muy inteligente.

—Siento no poder contarle nada.

—¿Acaso teme que...?

—No temo nada, señor cura. Es sencillamente que no estaba delante. Sólo Isabel puede darle los informes que desea.

—¿Me quiere dar su opinión sobre todo esto?

Matías fumaba silenciosamente.

Hubo en sus labios un movimiento que podía ser una sonrisa.

—¿Mi opinión?

—Ha de ser para mí muy interesante.

—No lo será, porque, sintiéndolo mucho, no voy a dársela. Me parecería que traicionaba a Isabel.

Para el sacerdote fueron aquellas palabras una revelación.

—Lo mismo pensaba yo al principio, pero cada vez me siento menos firme en mi idea.

Y el señor cura volvió al pueblo, dispuesto a enterarse de todo para comunicárselo al obispo.

* * *

La pretensión de Isabel al retener a Ana a su lado era dar a conocer al mundo su don extraordinario.

Aquello debía divulgarse, el mundo tenía derecho a conocer el prodigio. Callarlo, le parecía un egoísmo imperdonable. Otros necesitaban, como lo había necesitado ella, recibir el influjo del don prodigioso de Ana.

Por eso la vigilaba estrechamente. El carácter altivo y autoritario de Isabel la hacían sentirse dueña de aquella vida tan sumisa y maleable.

Ana no tenía valor para oponer el menor reparo, y menos ahora que empezaba a vacilar su fe y que la confusión se había adueñado de su alma.

—Has estado hablando con él— dijo Isabel acusadoramente cuando Ana, que volvía de despedir a Martín, se encontró con ella.

—Hacia mucho tiempo que no nos habíamos visto. ¿Hay algún mal en que nos veamos?

—Sí.

—Nos queremos, nos hemos querido siempre.

—Has de olvidarlo.

—Imposible.

—Te debes al mundo. No debes hablar con nadie.

Ana calló con una especie de sobrecogimiento. Estaba tan aturdida, tan abrumada por todo lo que le estaba ocurriendo, que había perdido por completo la voluntad.

¿Qué iba a hacer de ella la señorita Isabel? ¿Qué fin tendría aquello?

Y elevó el pensamiento a Dios, a aquel Dios que ella veneraba y respetaba sobre todas las cosas y murmuró:

—¡Ayúdame, Dios mío!

XV

Alguien llamó a la puerta.

La doncella se encontró al abrir con una mujer vestida de tal modo, que de no ser por la falda la habrían tomado por un hombre.

Llevaba una cartera debajo del brazo. Era delgada y no podía permanecer un segundo quieta. Cuando no movía las manos movía la cabeza; cuando no movía la cabeza, los pies.

Miraba audamente y con cierta dureza.

—¿Qué desea usted? — preguntó la sirvienta.

—Ver a la dueña de esta casa.

—¿Su nombre?

—Condúzcame a su presencia.

Es un asunto que le interesa muchísimo.

—Es que la señorita...

—¡No hay minuto que perder! Y echó a andar hacia el salón.

Allí estaba Isabel, que le dirigió una mirada de extrañeza al verla.

—¿Qué desea usted? ¿Quién es?

—María Lane.

—No tengo el gusto.

—Publicidades Nueva York. Asunto de propaganda.

—No tengo ningún negocio que...

—No tiene ningún negocio, pero sí un propósito, una idea. Queremos apoyarla.

Y se sentó al lado de Isabel, en vista de que ésta no la invitaba.

—Si he de decirle la verdad — declaró Isabel un tanto molesta por la osadía de la visitante—no necesito nadie que me apoye.

—¡Nadie puede decir eso! Una marca famosa se hundiría rápidamente sin el apoyo de la propaganda. Ningún artículo, por bueno que fuera, se vendería sin reclamo. La mejor idea naufragaría en la indiferencia pública de no ser por el concurso de la propaganda.

—Pero...

—Eso es lo que nosotros vamos a hacer. Poner la fuerza difusora de nuestra casa al servicio de su idea. Y no me diga usted que las ideas no necesitan propaganda. Hoy lo necesita todo. La propaganda abre todos los caminos, la ausencia de propaganda los cierra. Podría citarle mil ejemplos, pero ¿a qué perder el tiempo? Un minuto vale hoy más que un billete de banco.

—Permítame.

—La organización de nuestra casa es perfecta. A muchas entidades reclamistas ha servido de modelo. Todo esto es lo que nosotros

vamos a poner a su disposición con objeto de que su hermosa idea no naufrage en el vacío. ¿Tiene usted fotos?

Y antes de que Isabel pudiera contestar, la misma agente se dió la respuesta:

—No.

Y siguió preguntando y contestándose:

—¿Tiene usted material de propaganda? No. ¿Tiene usted...? No. Usted no tiene nada. No hace falta, porque todo eso lo tenemos nosotros. Artículos, unas memorias, gacetillas... Todo el material para una campaña completa.

Sacó de la cartera un documento y se lo mostró a Isabel.

—He aquí el contrato.

—No comprendo.

—No hace falta. ¿Dónde está la niña?

—¿Qué niña?

—La de los milagros.

—¿Qué se propone?

—Hacerle ahora mismo una fotografía.

Isabel le dirigió una mirada llena de dureza, pero la agente, en vez de amilanarse, explicó:

—Es muy conveniente que la gente vaya acostumbrándose a ver

su rostro, pero sólo en fotografía. Así conocerán a la muchacha sin conocerla personalmente, cosa que no le conviene. Es el caso del Papa. Si saliera del Vaticano y se pusiera en contacto con la gente perdería mucho.

—¡Basta!

—Este es mi plan. Hable usted por ella. Ella que calle, que no se deje ver y que se dedique a hacer milagros.

—¡He dicho que basta! — repitió Isabel enérgicamente.

—Pero...

—Haga el favor de marcharse. Esto es muy distinto a lo que usted se figura.

—Le advierto que no dudo de la legitimidad de los milagros.

—Pues lo parece.

—No hay que guiarse por las apariencias.

—Le agradeceré que se vaya— insistió Isabel.

—Piénselo bien. Sin propaganda nadie creerá en los milagros de esa niña. Las pruebas que usted pueda ofrecer no serán nada comparadas con las que nosotros podemos prepararle.

—¿Cómo le he de decir que no me interesa todo eso?

—También lo creo. No es el primer cliente al que no interesa la propaganda de momento, pero después, pensándolo mejor...

E Isabel no tuvo más remedio que llamar a la doncella y ordenarle acompañara a la puerta a la visitante, que se fué repitiendo:

—Piénselo usted bien, piénselo usted bien.

XVI

—El caso de Ana debe aclararse. Hoy vendrán dos representantes del obispo para someterla a una prueba.

Así había hablado el cura, que había ido a visitar a Isabel, con objeto de tratar del asunto de Ana.

La verdad era que aquellos hechos extraordinarios que se habían producido en el pueblo, al parecer por mediación de Ana, estaban dando que hacer. Toda la población estaba revolucionada, los enfermos porque querían curarse y los sanos porque deseaban ver cómo se realizaban aquellas curas maravillosas.

El hecho de que en la aldea hu-

biera una “elegida de Dios” los llenaba de orgullo.

El doctor andaba de cabeza porque los enfermos ya no querían someterse a su curación. Teniendo a una santa a mano nadie piensa en la ciencia médica.

Y él, que era el único que no había entrado en la danza, había tenido que tomar parte al fin en ella, obligado por el obispo que, en vista de lo que decían los periódicos, se interesaba por el caso de Ana.

—¿De modo que el señor obispo envía dos representantes?

—Llegarán hoy.

—Perfectamente.

—¿Cree usted que Ana resistirá la prueba?

—Estoy convencida. Ana se halla en condiciones de soportar todas las pruebas a que ustedes juzguen conveniente someterla.

—Piense usted que el examen será riguroso.

—Todo lo riguroso que ustedes quieran. Ana saldrá airosa.

—Tendrá que efectuar una curación en presencia de los representantes del obispo.

—Ana podría realizar varias curaciones.

—La prueba se efectuará en la iglesia.

—Cuando ustedes gusten.

—¿Acaso mañana?

—Sí; cuanto antes, mejor.

—Pues venga usted mañana por la tarde a la iglesia con Ana.

—No faltaremos.

—Mañana se verá si realmente esa chiquilla hace milagros.

—Mañana se convencerán de que los hace.

—Ya sé que usted está convencida.

—¿Cómo no voy a estarlo después de lo que ocurrió?

—Verdaderamente la curación de usted es algo increíble.

—Tan asombrosa como los otros dos milagros realizados por Ana.

—¿Milagros? Hasta mañana no nos decidiremos a llamarles así.

—Mañana les llamarán milagros.

Isabel hablaba con plena convicción. En cambio, en el semblante del sacerdote flotaba aún la duda.

—Me alegraría, porque, de lo contrario, iba usted a sufrir una desilusión tremenda.

—Esa posibilidad está descartada.

—Para mí no.

—Usted se cree que vive ya en el cielo y está aún en la tierra. Un desengaño sería espantoso para usted. Tal vez no lo pudiera soportar. ¡Es tan distinta esta vida de dolores y miserias a aquella otra!

El semblante de Isabel se ensombreció instantáneamente.

—Realmente sería espantoso.

Pero reaccionó en seguida y añadió sonriendo:

—Sin embargo, esa posibilidad está descartada, como le he dicho.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana, señor cura.

—En la iglesia.

—Por la tarde.

Y cuando el sacerdote se hubo

marchado, Isabel se repitió con una convicción profunda:

—Ana triunfará.

* * *

El cura fué a reunirse con los dos enviados del obispo.

—Mañana veremos a esa criatura. Está dispuesta a someterse a la prueba.

—Lo celebro—dijo uno de los enviados—. No es que dudemos del milagro, porque el poder de Dios es infinito, pero no podemos darle crédito sin verlo con nuestros propios ojos.

—Esa es también la opinión de Su Eminencia—dijo el otro enviado.

—Me parece una actitud muy

prudente. Yo tampoco soy partidario de elevar así como así a un ser humano a la categoría de santo.

—El señor obispo desea resolver esta cuestión cuanto antes. Si realmente hiciera milagros, la Iglesia no podría desentenderse.

—Desde luego.

—Poco falta para que salgamos de dudas.

—Mañana mismo estará solucionado el asunto y en seguida pondremos a Su Eminencia al corriente de todo.

XVII

Ya estaba la iglesia llena de gente.

En una camilla entraron a un paralítico. Era el enfermo que Ana tenía que curar.

Esta daba muestras de gran inquietud. El momento era culminante para su vida y para su alma.

Ella sentía que no poseía ningún don sobrehumano. Ella sentía esto íntimamente, pero no se atrevía a declararlo ante la opinión contraria de tanta gente.

¿Y si realmente lo poseyera? ¿Si realmente fuera una elegida de Dios? ¿No sería entonces deber que el Altísimo le encomendaba?

—¿Estás nerviosa, Ana?

—Un poco.

—Es natural. Pero eso no impedirá nuestro triunfo.

Y siguieron avanzando hacia la iglesia.

Cuando llegaron al templo, aumentó el temor y la inquietud de Ana ante los aparatosos preparativos y los cien ojos que se fijaron en ella, con una mezcla de curiosidad y adoración.

Pero no habían hecho más que entrar cuando se presentó Margarita para dar a su hermana una noticia tremenda:

—Testa se muere.

Isabel quedó un momento aturdida por el golpe. Pero en seguida reaccionó a impulsos de una idea que le pareció maravillosa.

—¡No!—repuso con firmeza—. Testa no se muere. No se morirá porque Ana va a curarle.

Y preguntó a la muchacha:

—¿Quieres hacerlo?

¿Cómo iba a negarse Ana, que conocía de antiguo y estimaba a aquel hombre recto y generoso?

—Sí, vamos.

Y corrieron al lado del lecho del enfermo.

El doctor había intentado cortarles el paso con estas palabras:

—Todo es inútil ya.

Pero Isabel lo apartó.

—No. Todavía queda un medio de curarle.

Y se acercó a la cabecera del enfermo.

Tenía éste la frente bañada en frío sudor y su boca se quebraba en un rictus de muerte.

—Matías — le dijo dulcemente. Ana está aquí.

El respondió con una sonrisa de gratitud y después murmuró:

—Todo es inútil.

—No. Ana le curará.

Dirigió a la muchacha una mirada suplicante y ella se arrodilló junto al lecho del enfermo, apoyando los codos en el borde de la cama.

En esta actitud y con las manos enlazadas y los ojos elevados al cielo, empezó a rezar, empezó a rezar con tanto fervor como lo hicie-

ra aquel día inolvidable en que su hermanito volvió a la vida.

Isabel seguía con gesto anhelante los menores movimientos del rostro de Matías.

Esperaba verlo de un momento a otro recobrar el color y una expresión tranquila y alegre, de hombre sano. Estaba tan convencida de ello, que sonreía con una satisfacción anticipada.

Y Ana seguía rezando fervorosamente.

Pero he aquí que de pronto, en el rostro del enfermo hubo una contracción extraña y todo él quedó rígido e inmóvil.

¿Qué había ocurrido?

El doctor, que presenciaba la escena, pronunció las palabras horribles:

—Ha muerto.

Ana se estremeció. Se puso en pie convulsivamente y lanzó un grito al comprobar con sus propios ojos las palabras definitivas del médico.

Isabel estaba inmóvil y en su semblante había un gesto de demencia o de horror.

Algo muy grande empezaba a hundirse en su alma. Era como si de la luz más hermosa volviera po-

co a poco a la sombra más siniestra.

En cuanto a Ana, ya no le cabía la menor duda de que todo había sido un lamentable y doloroso error. Ella no podía curar a nadie. Ella no era más que una pobre muchacha que había ofendido a Dios aceptando la posibilidad de

ser una elegida de El y de hacer como El milagros.

Y al ver que Matías Testa acababa de morir, sintió algo así como si ella fuera culpable de aquella muerte, por no haber podido evitarla.

Retrocedió hasta la puerta y salió corriendo, enloquecida, de aquella casa.

XVIII

Entró en la taberna y se arrojó en brazos de Martín.

—¡Ayúdame, Martín! ¡Quiero quedarme contigo para siempre!

El semblante desencajado de la muchacha y el grito desesperado que pudo percibir en aquellas palabras, llenaron a Martín de inquietud.

—Pero ¿qué ha pasado?

—¡Ha muerto!

—¿Quién?

—Matías Testa. No he podido salvarle. ¡Yo no puedo curar! ¡Yo no puedo hacer milagros! ¡He ofendido a Dios gravemente! ¡No quiero volver a casa de Isabel! ¡No quiero hacer ninguna prueba! ¡Quiero quedarme a tu lado para siempre!

Martín la tranquilizó. Nadie podría arrancarla de sus brazos. Ha-

bía terminado aquella farsa que tan cara les estaba costando a todos.

Y apenas había pronunciado estas palabras tranquilizadoras, apareció Isabel, que se esforzaba por disimular su derrumbamiento íntimo y que pretendía hacer una nueva comprobación antes de renunciar a los ensueños que se había forjado.

—Ana—murmuró.

Ella la miró atemorizada.

—¿Qué quiere?

—Vamos a la iglesia. Nos están esperando.

—¿A la iglesia? ¿Para qué?

—Para que pruebes que...

—¡Yo no puedo probar nada! ¡Yo no puedo curar a nadie! ¡Yo no hago milagros!

—Es una mujer como las demás

—exclamó Martín.

—Te has comprometido, Ana.

—¡No iré! ¡No iré! No ofenderé a Dios a sabiendas.

—No lo ofendes, Ana —repuso Isabel sin la menor convicción y como si tratara de engañarse a sí misma.

—Matías Testa ha muerto. ¿Para qué quiere más prueba de que no puedo hacer milagros?

—Matías ha muerto porque le faltaba la fe. Pero has resucitado a tu hermano. Me has curado a mí. ¿No te dice nada eso? Es preciso que recuperes la fe en ti misma. Si la pierdes, se habrá perdido todo.

—¡Pero si ya la he perdido!— clamó Ana.

Aquel grito de desesperación fué como un puñal para el corazón de Isabel.

En aquel rostro hubo una mueca de dolor. Nada dijo. Lentamente dió media vuelta y salió a la calle.

Echó a andar hacia la costa, hacia aquella parte en que los arrecifes se elevaban a muchos metros sobre el mar.

Echó a andar con una decisión firme e irrevocable.

Todo se había hundido para ella. La vida ya no tenía sentido. Había creído hallarse en el cielo y se encontraba de pronto entre las miserias de la tierra. Como el cura había pronosticado, aquello fué algo que el alma de Isabel no pudo soportar.

Echó a andar decidida a no parar hasta encontrar la muerte.

Ana estaba preocupada.

—¿Has visto la cara de Isabel al marcharse?

—Sí. Parecía muy abatida.

—Temo que va a cometer alguna locura.

—Eso son aprensiones tuyas.

Pero la inquietud de Ana iba en aumento.

—¡No son aprensiones! ¡Estoy segura!

—¿Segura? ¿De qué?

—De que va a... ¡Sí, sí! Es como si la estuviera viendo!

Y crispó las manos y gritó:

—¡Ahora!

—¿Qué?

—¡Se ha matado!

Y en aquel momento, el cuerpo de Isabel se había estrellado contra las rocas.

Una niña se presentó en la iglesia donde la gente empezaba a impacientarse.

Se dirigió adonde se hallaba el cura y pronunció con inocente naturalidad estas palabras espantosas:

—Mi padre me manda decir que

la señorita Isabel se ha caído en el acantilado.

Instantáneamente, la iglesia quedó vacía.

Todos fueron a auxiliar a Isabel, lo mismo que Ana, que había salido corriendo de la taberna seguida de Martín.

Las heridas eran tremendas, pero aun vivía cuando la depositaron en su lecho.

Entonces, Isabel, distinguiendo entre todos el rostro de Ana, la llamó.

Se acercó la muchacha, trémula y sollozando, e Isabel le dijo:

—Ya soy libre, Ana. He alcanzado la suprema felicidad. Deseo que también tú seas muy feliz en este mundo.

Y se fué, se fué para siempre.

Poco después, Ana regresaba a su casa acompañada de Martín y la convicción de que ya no volvería a separarlos nada ni nadie les llenó de una súbita felicidad que fué como un rayo de luz en medio de las densas sombras de tantas amarguras.

F I N

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería.—Barbará: 16, Barcelona

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Los tres pasiones.	La princesa se enamora.	Honor entre amantes.
El gran desfile	Cristina, la Holandesa.	Amanecer de amor.	Para alcanzar la luna.
Miguel Strogoff o el	¡Viva Madrid, que es	El gran desfile (edición	El hombre que asesinó.
Correo del Zar	mi pueblo!	popular.	¡Ríndase!
La princesa que supo	Sombras blancas.	Du Barry, mujer de pa-	La calle.
amar	La copla andaluza.	sión.	El prófugo.
El coche número 13	Los cosacos.	La viuda alegre (edición	Milicia de paz.
Sin familia	Icaros.	popular).	Amores de medianoche.
Mare Nostrum	El conde de Montecristo	Ángeles del infierno.	Miguel Strogoff o el
Nantás, el hombre que se	La mujer ligera.	Cuerpo y alma.	Correo del Zar (edi-
vendió	Virgenes modernas.	El impostor.	ción popular).
Cobra	El pagano de Tahití.	Esposa a medias.	La hermana San Sulpicio
El fin de Montecarlo	Estrellas dichosas.	Esclavas de la moda.	El demonio y la carne
Vida bohemia	La senda del 98.	Petit Café.	(edición popular).
Zazá	Esto es el cielo.	Hay que casar al prin-	La dama misteriosa.
¡Adiós, juventud!	Espejismos.	cipe.	Los claveles de la Vir-
El judío errante	Evangeline.	Inspiración.	gen.
La mujer desnuda	Orquídeas salvajes.	El proceso de Mary Du-	Parca de baile.
La tía Ramona	El caballero.	gan.	Al Capone (Pánico en
Casanova	Egoísmo.	Marruecos.	Chicago).
Hotel imperial	La máscara del diablo.	En cada puerto un amor.	Mi último amor.
Don Juan, el burlador	El pan nuestro de cada	¿Conoces a tu mujer?	Muchachas de uniforme.
de Sevilla	día.	El millón.	Marido y mujer.
Noche nupcial	Vieja hidalguía.	La mujer X.	Maca-Hari.
El séptimo cielo	Poseción.	Gente alegre.	Congorilla (fuera de se-
Beau Geste	Tentación.	Mar de fondo.	rie).
Los vencedores del fuego	La pecadora.	La llama sagrada.	Carceleras.
La mariposa de oro	El beso.	La ley del harén.	Erase una vez un vals.
Ben-Hur	Ella se va a la guerra.	La fruta amarga.	Hombres en mi vida.
El demonio y la carne	Los hijos de nadie.	Vidas truncadas.	Niebla.
La castellana del Líbano	El pescador de perlas.	La fiera del mar.	Rebeca.
La tierra de todos	Santa Isabel de Ceres.	Tabú.	Indeseable.
Trípoli	Las dos huérfanas.	El pasado acusa.	Tarzán de los monos.
El rey de reyes	La canción de la estepa.	Papá piernas largas.	El terror del hampa.
La ciudad castigada	El precio de un beso.	Trader Horn.	La vuelta al mundo por
Sangre y arena	La rapsodia del recuerdo	Un yanqui en la corte	Douglas Fairbanks.
Aguilas triunfantes	Delikatessen.	del rey Arturo.	Chica bien.
El sargento Malacara	Del mismo barro.	El código penal.	Recién casados.
El capitán Sorrell	Estrellados.	La pura verdad.	Champ (El campeón).
El jardín del edén	Cuatro de infantería.	Maternidad, o el derecho	La zarpa del jaguar.
La princesa mártir	Olimpia.	a la vida (fuera de se-	Los amores de José Mo-
Ramona	Monsieur Sans-Gêne.	rie).	jica (fuera de serie).
Dos amantes	Sombras de gloria.	Carbón (La tragedia de	El caballero de la noche.
El príncipe estudiante	Mamba.	la mina).	Arsène Lupin.
Ana Karenine	Ladrón de amor.	Estudiantina.	La dama del 13.
El destino de la carne	Molly (la gran parada).	Las peripecias de Skippy	Amor en venta.
La mujer divina	El valiente.	¡Qué viudita!	El pecado de Madelón
Alas	¡De frente,, marchen!	El camino de la vida.	Claudet.
Cuatro hijos	Prim.	Noches de Viena.	La casa de los muertos.
El carnaval de Venecia	El presidio.	Mamá.	Titanes del cielo.
El ángel de la calle	Romance.	Eran trece.	El proceso Dreyfus.
La última cita	El gran charco.	Cheri-Bibi.	La vida de un gran ar-
El enemigo	Tempestad.	Bésame otra vez.	tista.
Amantes	El dios del mar.	Camarotes de lujo.	El último varón sobre la
La bailarina de la Ope-	Anne Christie.	Los hijos de la calle.	Tierra.
ra.	Sevilla de mis amores.	La divorciada.	Fantomas.
Moulin Rouge.	Horizontes nuevos.	Madame Satán.	Violentas imperiales.
Ben Alf.	Ben-Hur (edición popu-	¿Cuándo te suicidas?	Soy un fugitivo.
Los cuatro diablos.	lar).	Marianita.	Teresita.
¡Ríe, payaso, ríe!	La incorregible.	El carnet amarillo.	La película de las estre-
Volga, Volga.	El malo.	Honrarás a tu madre.	llas. Grand Hotel (fue-
La sinfonía patética.	El pavo real.	Su última noche	ra de serie)
Un cierto muchacho.	Bajo el techo de París.	Las alegres chicas de	Hollywood al desnudo.
¡Nostalgia!	Wu-li-chang.	Viena.	Sangre roja.
La ruta de Singapore.	Montecarlo.	¡Viva la libertad!	El doctor X.
La actriz.	Camino del infierno.	Malvada.	Emma.
Mister Wu.	¡Mío serás!	El teniente del amor.	Primavera en otoño.
Renacer.	¡Aleluya!	Deliciosa.	El hijo del destino.
El despertar.	La mujer que amamos.	Cielo robado.	Ella o ninguna.
La melodía del amor.	Al compás de 3-4.	Amargo idilio.	El enemigo en la sangre.

El azul del cielo.	Esta edad moderna.	Corazones valientes.	Secretos.
El monstruo de la ciudad	La novia de Escocia.	Irusta-Fugazot-Demare	La feria de la vida.
El hombre que se reía	Besos al pasar.	(fuera de serie).	Una morena y una rubia.
del amor.	El mayor amor.	Los tres mosqueteros.	Como tú me desees.
Susan Lenox.	El expreso fantasma.	(Los Hierretes de la	El relicario.
Mercado de mujeres.	Al despertar.	reina).	El amor y la suerte.
Manos culpables.	El robo de la Monna Lis-	Milady (2.ª parte de Los	Una viuda romántica.
La princesa se divierte.	sa (La Gioconda).	tres mosqueteros).	Rasputin y la Zarina.
La mano asesina.	La edad de amar.	Esclavitud.	Susana tiene un secreto.
El rey de los gitanos.	Salvada.	La calle 42.	20.000 años en Sing Sing
El sargento X.	Divorcio por amor.	Las dos huercanitas.	Huérfanos en Budapest.
Los seis misteriosos.	Corazones sin rumbo.	Cabalgata.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA EMOCIONANTE NOVELA

VIVAMOS HOY

por GARY COOPER y JOAN CRAWFORD.

En preparación:

ODIO

por MARÍA FERNANDA LADRÓN DE GUEVARA.

EL CANTO DEL RUISEÑOR

por el «divo» PEPE ROMEU.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE LISTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Pida los últimos catálogos, gratis y sin compromiso, y se le remitirán por riguroso turno.

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL y EL SOBRE DE CINE SONORO

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Caballistas del Oeste

Novela de aventuras para muchachos. 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine. Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 250 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

5/2

E. B.

Precio: Una peseta